



Pose

Alberto Olmos
La Ña Rota. Segovia, 2012
134 páginas. 14,90 euros

NARRATIVA. ALBERTO OLMOS (Segovia, 1975) ha escrito un cuaderno de viaje transitivo en el que el yo, el de Alberto Olmos, un yo omnisciente, o mejor ubicuo, va y viene —transita— por este manojito de cuartillas: desde una estancia en Japón, donde la mirada del yo se hace (algo más) ficción, hasta el deambular por la Feria del Libro de Guadalajara, México, donde ese yo andante es cronista de su propia perplejidad, una perplejidad que parece protegerle de su inseguridad. Es Alb un viajero perdido en la inmensidad de esa fiesta anual del libro, donde todos, miembros o no del club de las almendritas, saben más o menos cuál es su lugar o lo que se espera de ellos en un maremágnum de (des)encuentros, saraos y actos literarios sin córum, los actos, si no fuera porque la organización se encarga de cazar a lazo figurantes entre los institutos y escuelas de la ciudad. Todos saben qué se espera de ellos, sí, menos Alb, un desorientado náufrago, que no encuentra asideros. Una perplejidad, decía, que ya estaba en su diario de Japón, donde cayó para dar clase a los nativos, y con ese choque entre un segoviano del interior y los (y las) ciudadanos (-nas) del imperio del sol naciente consigue una excelente pieza literaria, donde su ensimismamiento da para mucho, en un estilo minimalista que pudiendo haberse derramado en la más inane inanidad remonta el vuelo hasta acabar en un avión que le lleva a Guadalajara, México, tras haber comprobado, unos instantes antes, embarcando, que la literatura es cuestión de escalafón, y unos, un escritor, viajan en primera, y él, un donnadie, en turista. Cabría pensar que el cronista de lo de Guadalajara iba a dejarse llevar por un humor malvado que dinamitara el cotarro literario y peregrinara, así, una cosa de grueso sarcasmo o fina ironía y, en cambio, al final, le sale una tierna crónica de náufrago extraviado en el marasmo de la feria (literaria) de las variedades, o vanidades. Uno inicia la lectura de esta (*sic*) *Pose*, creyendo que puede ser una nadería, decía, y comprueba, complacido, que es algo, algo más. Bastante. **Javier Goñi**



Saliendo de la estación de Atocha

Ben Lerner
Traducción de Cruz Rodríguez Juiz
Mondadori, Barcelona, 2013
208 páginas. 16,90 euros

NARRATIVA. ES MÁS QUE PROBABLE que, con un título menos explícito, esta novela de Ben Lerner (Kansas, 1979) no hubiera merecido tanta agitada promoción. Claro que también viene muy premiada por prestigiosas publicaciones norteamericanas y ensalzada hasta la desmesura por Jonathan Franzen, Paul Auster o John Ashbery, éste fervorosamente citado por el

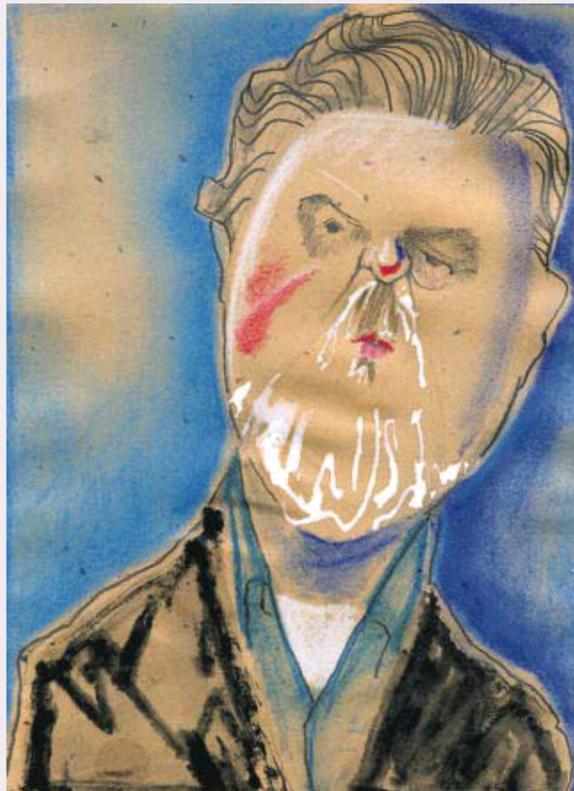


Ilustración de Sciammarella.

Ser nadie, ser cualquiera

Las identidades

Felipe Benítez Reyes
Visor. Madrid, 2012
113 páginas. 20 euros

Por Luis Bagué Quílez

POESÍA. En *Las identidades*, Felipe Benítez Reyes (1960) da rienda suelta a sus "complementarios", esos compañeros de viaje que definen las constantes vitales de un yo en construcción. Frente al montaje discursivo de *Vidas improbables*, a la vez cancionero apócrifo y catálogo de fingidores, *Las identidades* se eleva sobre el territorio de una poesía reflexiva, a medio camino entre la elegía conversacional y el monólogo interior. Desde el canto de 'Inacción de gracias' que abre el volumen, el autor describe una realidad regida por el simulacro y gobernada por la incertidumbre.

Asediado por la duda, el protagonista se apropia de la estratagema de Ulises: llamarse nadie para ser cualquiera. Así, Benítez Reyes toma prestadas las máscaras de la mitología y la chistera del mago con la intención de reescribir la odisea de la subjetividad y hacer juegos de manos con las palabras. Quien contemplaba con humor la convivencia de contrarios ha cedido el testigo a un ironista que se complace en la continuidad sin solución y en la energía ne-

narrador. Al propio Lerner estos ditirambos le han pillado con el pie cambiado. Aporta de partida, en todo caso, una grave experiencia que nos atañe de un modo irreparable, aunque hay que hacer notar que su inclusión en la narración es más lateral de lo que indica el título. No va de eso, como suele decirse, si no de la vida disipada y ardiente de Madrid, vista por un estudiante norteamericano, beneficiario de una prestigiosa beca para realizar

gativa de la paradoja: "Lo que fuiste tan solo lo sabrá / esa parte de ti que desconoces".

La voluntad de poner el mundo entre signos de interrogación, o de convertir el poema en una acotación de la vida, cristaliza en un atractivo inventario de identidades en fuga. La sombra de Anastasia en el palacio de los zares, el origen del sebastianismo en el pudridero de Alcazarquivir y la persecución de los heterónimos de Pessoa por una ciudad transformada en figura retórica ejemplifican, al cabo, una escenografía histórica e intrahistórica, donde se dan cita "la grandeza exterior / y la fragilidad íntima". Los disfraces del dolor reaparecen en "Cuento de Tokio", postal sobre la incomunicación digna de un filme de Sofia Coppola, y "Playa de Rota, octubre de 2003", crónica del naufragio de una patera cargada con los sueños de inmigrantes anónimos.

El desdoblamiento especular y el trasfondo meditativo convergen en los bocetos de la última sección. He aquí el autorretrato fragmentario de un funambulista que camina por la cuerda floja de la memoria, o de un pirómano que aviva el incendio en el que se consume la Arcadia del pasado: "Quemaste el paraíso para ver cómo ardía". Excesiva y brillante, la poesía de Felipe Benítez Reyes alcanza en *Las identidades* la mejor versión de sí misma. ●

un vaporoso proyecto poético que lo lleva con frecuencia al Museo del Prado, a conocer a galeristas y poetas, y participar en debates literarios saturado de cafés, calmantes y porros, con una agudizada conciencia de ser un fraude. Pero "¿quién no lo era?", se pregunta. Las andanzas más bien circulares y de extrañeza endogámica de este becario, que se refugia en la torpeza del idioma cuando le conviene, proyectan una realidad cordial y ama-

blemente desgarrada, de quien no acaba de trazar sus coordenadas, pero tampoco sufre por ello, acomodándose en una nebulosa negligencia. La novela construye una identidad que se resiste a reconocerse, entre la parodia del artista en ciernes y la autocompasión. Esto hace que, aunque sea en sordina, la incrustación del brutal atentado, que vive tras una calamitosa noche en el Ritz, irrumpa en su biografía emplazándole en la historia, no como sujeto sino como fantasma de la responsabilidad. Sus merodeos para donar sangre que no podría servir a las víctimas tienen la cualidad de un desmoronamiento más efectivo que el rencor político que suscitó el atentado. Ben Lerner es más poeta que narrador; su prosa, como su personaje, se deleita en la marginalidad de la poesía (o en el anacronismo de querer ser poeta), pero ha sabido restituir, con esas viejas maneras, la "fe desesperada en la posibilidad de la experiencia poética" y "la ocasión de llorar su imposibilidad". **Francisco Solano**



El genio maligno del señor Descartes

Jean Paul Mongin
François Schwoebel (ilustraciones)
Traducción de Sara Álvarez Pérez
Errata Naturae. Madrid, 2013
64 páginas. 15,50 euros

ENSAYO. ESTA NUEVA entrega de la colección *Los Pequeños Platones*, destinada a hacer accesible a los niños el pensamiento de los grandes filósofos, está dedicada a una de las figuras más apasionantes de la historia de la filosofía: el genio maligno imaginado por René Descartes como punto de partida de su duda metódica. Recuérdese: ¿y si hubiese un genio maligno cuyo objetivo fuera, exclusivamente, engañarme? El pone las calles cuando paso y las quita cuando me voy, para hacerme creer en la regularidad del universo, en la existencia de las cosas que percibo. ¿Y si todo fuera un sueño?, porque algunos sueños tienen la viveza de los momentos de vigilia. Partiendo de las *Meditaciones metafísicas*, el volumen recoge, convenientemente resumidas, las principales ideas del método cartesiano: la necesidad de ideas claras y distintas (definidas, en el volumen), la adaptación del argumento ontológico en el que se basa el "pienso luego existo" y la voluntad de llegar a un determinado grado de certeza partiendo de la duda. Sin dejar de lado la conocida afirmación del *Discurso del método*: "Los sentidos engañan a la razón porque no son perfectos". El contrapunto a las dudas cartesianas es, a efectos narrativos, un loro que lleva el mismo nombre de Spinoza (Baruch). Quizás lo único que se echa en falta es la contextualización de la obra de Descartes. Es el presente tiempo en el que se hace gala de escepticismo. Como en época de Descartes, se vive una desconfianza respecto a la herencia recibida que se expresa en la afirmación de que cualquier nuevo intento de comprensión globalizadora es ya imposible. De ahí lo interesante de recordar que el punto de partida cartesiano fue la duda, pero que su objetivo era la certeza. Antes que él, otros autores acometieron el trabajo de demolición del saber dominante. Entre ellos, Francisco Sánchez Lusitano, en su amena *Quod nihil scitur* (que nada se sabe). De entre las ruinas de la escolástica medieval surgió Descartes. De su duda, la modernidad que lleva a la Ilustración ¿pendiente? **Francisco Arroyo**

EL PAÍS BABELIA 16.03.13 9

Printed and distributed by NewsprintDirect
www.newsprintdirect.com US/Can: 1 877 980 4940 Intern: 800 636 6364
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW